
TRABAJO, CLASE Y ESTADO EN EL CAPITALISMO GLOBAL*

ELLEN MEIKSINS WOOD**

El movimiento obrero estadounidense nunca ha tenido realmente su propia organización política, ya fuera un partido socialista fuerte, socialdemócrata, o al estilo del laborismo Británico. El partido demócrata tiene en la actualidad menos aun que ofrecer al movimiento obrero que en el pasado. Pero hoy el caso norteamericano parece menos excepcional de lo que pareció alguna vez, en la medida en que los partidos de la clase trabajadora mejor establecidos -comunista, socialista, socialdemócrata y obrero- se han separado efectivamente de sus raíces de clase, especialmente en Europa.

Los partidos comunistas y socialistas europeos, por ejemplo, abandonaron la política y el lenguaje de la lucha de clases, mientras que la elección del New Labor en Gran Bretaña llevó al poder a un liderazgo basado en cortar los lazos históricos del partido con el movimiento sindical, dejando a Gran Bretaña, al menos por el momento, en una situación similar a la del modelo norteamericano: un estado de partido único, o como lo enunciara Gore Vidal, un partido con dos alas derechas.

* Tomado de *Rising from the Ashes: Labor in the Age of Global Capitalism*.

Editado por Ellen Meiksins Wood, Peter Meikins, y Michael Yates, Monthly Review Press, New York.
Traducción de Florencia Enghel.

Revisión Técnica de Atilio A. Boron.

** Filósofa Política norteamericana, ex profesora de la Universidad de York, Canadá y autora de *Democracy Against Capitalism* (1995) y *Rising from the Ashes* (1999), entre otros.

Es posible que incluso esta ambigua victoria para la izquierda, o la subsiguiente elección de gobiernos socialdemócratas en Francia y Alemania, abran nuevas perspectivas políticas. Pero por el momento, muchas personas parecen dar por hecho que la desaparición de la política de la clase trabajadora es algo natural, y que el terreno político sobre el cual los partidos revolucionarios y electorales de la clase trabajadora operaban, sencillamente ya no existe. Ese terreno ha sido más o menos obliterado, en gran medida por la globalización. O al menos eso es lo que se nos dice.

Necesitamos detenernos más de cerca sobre tal presunción. Debemos explorar de manera más crítica las consecuencias políticas de la globalización, y lo que éstas significan para el movimiento obrero y la lucha de clases.

¿QUÉ ES LA GLOBALIZACIÓN?

La actual crisis global ha empañado la entera idea de globalización hasta un punto tal que quienes solían ser sus más entusiastas defensores están ahora cuestionando sus principios más básicos. Los hechiceros financieros neoliberales no sólo están contemplando medidas como el control del capital, que apenas ayer les habrían parecido horribles violaciones a la ley natural, sino que incluso están planteando nerviosamente ciertas preguntas acerca del capitalismo “de libre mercado” en general. Mientras que una significativa revisión teórica es previsible como consecuencia de la crisis, la idea de globalización, sin embargo, no está muerta, y representa una seria preocupación para los movimientos obreros en todas partes.

¿Qué significa entonces la globalización? Los rasgos básicos de la concepción convencional, o lo que algunos han dado en llamar la “tesis de la globalización”, son lo suficientemente conocidos: a principios de los ‘70 el mundo entró en una nueva época de “globalización”, marcada por una creciente internacionalización del capital -no sólo un mercado global sino una producción internacionalizada, e incluso una clase capitalista internacionalizada; el creciente poder de las agencias internacionales del capital como el FMI, Banco Mundial, y la World Trade Organization; rápidos movimientos del capital financiero acelerados por las nuevas tecnologías de la información; la transferencia de capitales desde economías con altos costos de mano de obra a economías de bajos salarios- que sirve como justificación para la disminución de salarios y los ataques a los beneficios sociales en países capitalistas avanzados; y un desplazamiento de la soberanía hacia afuera de los límites del estado-nación¹.

La concepción general de globalización no es, por supuesto, universalmente aceptada². Nadie duda que el capitalismo se ha vuelto un sistema más *universal* que nunca, y tampoco que estamos viviendo en una economía “global” con mercados cada vez más internacionales y transacciones económicas de todo tipo que abarcan al planeta entero. Pero algunos escritores de izquierda han expresado dudas acerca de cuánta producción se ha internacionalizado en realidad, acerca de cuán móvil es verdaderamente el capital industrial, y acerca de la existencia misma de corporaciones

“multinacionales”. Tales críticas han señalado que la vasta mayoría de la producción aún sucede en compañías de base nacional, en locaciones únicas. Han argumentado también que no existe lo que se ha dado en llamar corporaciones “multinacionales”, y que sólo hay corporaciones de base nacional con alcance transnacional.

Los críticos de las ideas convencionales sobre la globalización también han señalado que mientras que las fugas del capital hacia las economías de bajos salarios podrían constituir un serio problema, la inversión extranjera directa se ha concentrado de manera abrumadora en países capitalistas avanzados, con el capital moviéndose entre éstos. Existen diferencias entre las grandes economías capitalistas, con algunas más expuestas que otras a las presiones competitivas internacionales. Los Estados Unidos, por ejemplo, están protegidos de algunas formas de competencia porque una proporción relativamente pequeña de su economía está dedicada a la manufactura, y la fracción de la fuerza laboral norteamericana empleada en la manufactura es aún menor. Más del 70 % del empleo total en los Estados Unidos se encuentra en el sector de servicios, la mayoría en industrias que simplemente no pueden relocalizarse en otras economías con fuerzas laborales baratas y desorganizadas.

Pero cualquiera sea la proporción de la industria manufacturera en la economía norteamericana (o en otros países capitalistas avanzados), ésta constituye todavía -y probablemente lo siga haciendo- una cantidad desproporcionadamente grande de la producción mundial total. En este sector la competencia ciertamente se ha intensificado, generalmente al interior de los países capitalistas avanzados entre sí. Los Estados Unidos, en particular, han sido profundamente afectados por la competencia de Japón y Alemania. Al mismo tiempo, la solución preferida no ha consistido simplemente en exportar industrias a los países del Tercer Mundo. Las industrias manufactureras son mucho menos móviles de lo que el saber convencional acerca de la globalización sugiere -no en escasa medida debido a que las inversiones de capital de gran escala y a largo plazo son difíciles de abandonar. En esta situación, las estrategias competitivas no tienen muchas posibilidades de basarse en el traslado del capital a otros lugares, por lo que la opción más corriente es la de tratar de reducir los costos laborales en las propias economías avanzadas. De hecho, una de las más notables características de la actual economía global no es la industrialización y enriquecimiento de los países más pobres del Tercer Mundo, sino por el contrario, un creciente empobrecimiento de las economías dejadas en los márgenes de la globalización y una creciente polarización entre ricos y pobres.

Resulta entonces difícil formular cualquier proposición simple acerca de la competencia entre economías de bajos salarios y de altos salarios, o de los peligros de las fugas de capital en respuesta a la organización y lucha de la clase trabajadora. En términos más generales, no existe una correlación simple entre las políticas o la ideología de la “globalización” y la actual exposición de las economías capitalistas avanzadas a la competencia internacional, al menos a la competencia por parte de las economías de bajos salarios. La “globalización” es ciertamente una amenaza efectiva, y

por ende una estrategia *política* poderosa. Pero no debemos equiparar acriticamente amenaza con realidad.

Más allá de estos desafíos empíricos a la noción convencional de globalización, existen preguntas más amplias, dos de las cuales debemos esbozar aquí. En primer lugar, debiéramos preguntarnos cuán nuevo es este fenómeno. De acuerdo con la tesis de la globalización, hemos estado viviendo en una nueva época desde inicios de los '70. Sin embargo, nada más obvio que la improbable semejanza entre el mundo burgués tan vívidamente retratado por el *Manifiesto Comunista* en 1848 y la "época de la globalización" en la que estamos viviendo hoy:

"Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. ... Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas ... por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados. ... En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones".

Y todas las crisis del siglo veinte, hasta la reciente en Asia inclusive, se anticipan aquí:

"(T)oda esta sociedad burguesa, que ha hecho surgir tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. ... Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean, en forma cada vez más amenazante, la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa. ... Durante las crisis, una epidemia social, que en cualquier época anterior hubiera parecido absurda, se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la superproducción."

En vista del análisis de Marx, ¿cómo podemos sostener la noción de que la "globalización" marca una nueva época que comenzó a principios de los '70? Una explicación mucho más plausible para la conexión entre el mundo de Marx y el nuestro es que la globalización no es una nueva época, sino un proceso de largo plazo; no se trata de un nuevo tipo de capitalismo, sino de la lógica del capitalismo tal como éste ha sido desde el principio.

Este punto de vista, por supuesto, no ignora los cambios masivos que han acontecido en el siglo y medio pasado. Por el contrario, las "leyes de movimiento" capitalistas -como Marx sabía mejor que nadie- son precisamente leyes del cambio *constante*. Pero cómo interpretemos dichos cambios depende en gran parte de las coordena-

das desde las cuales los observamos. Por ejemplo, vista como una época, desde la perspectiva de las teorías convencionales de la globalización, ésta tiende a percibirse como una era totalmente nueva, en la cual el triunfo final del capitalismo ha clausurado todas las alternativas. Vista desde la perspectiva de Marx, como un proceso de largo plazo, la globalización aparece como algo profundamente contradictorio, en el cual cada avance en la expansión del capitalismo ha traído consigo desde el principio nuevas inestabilidades y nuevas posibilidades de lucha.

Esto nos lleva a la segunda gran pregunta acerca de la globalización, que concierne al papel de la competencia en la tesis de la globalización. Bajo su luz, la competencia parece estar en el corazón mismo de la tesis: para la derecha, porque cada esfuerzo del capital destinado a empeorar las condiciones de los trabajadores, cada ataque al “estado benefactor” se justifica en nombre de la competitividad y los rigurosos nuevos requerimientos de la competencia en una economía globalizada; para la izquierda, porque muchas de las mismas presunciones han llevado al derrotismo y la convicción de que lo único que podemos hacer es desarrollar nuestras propias estrategias, más humanas, de competitividad.

Aún así, existe una curiosa contradicción en la tesis de la globalización, y aunque parezca extraño, dicha contradicción es más visible en algunas variantes de izquierda. La tesis está basada en la premisa -y ésta es la razón por la cual tiene implicancias *políticas* de tan amplio alcance- de que el efecto de la globalización es la formación de un capital internacional cada vez más unido y todopoderoso, contra el cual las fuerzas anticapitalistas serían poco menos que impotentes. Pero al examinar dicha presunción encontramos algunas inconsistencias. Pareciera como que en la tesis de la globalización la transnacionalización del capital no significara la *intensificación* de la competencia sino, por el contrario, su *declinación* entre las mayores potencias capitalistas. En suma: esto significaría la *interpenetración* de capitales nacionales, y su creciente colaboración, aparentemente *en lugar de* la competencia³.

Ahora bien, aún el teórico más extremo de la globalización jamás diría que la globalización está creando un solo capital internacional unificado. Obviamente, la globalización todavía tiene un largo camino por recorrer, y en el futuro, hasta donde resulta predecible, todos los que participan en el mercado tendrán que pelear para permanecer en la cima. Pero la implicancia más fuerte de la tesis de la globalización es que existe una relación inversa entre globalización y competencia: cuanto más globalmente integrado se vuelve el capitalismo, más unificada estará la clase capitalista. Esto parecería implicar que la globalización no es el *crecimiento* de la competencia, sino su supresión.

De acuerdo con dichos argumentos, es verdad que un capital altamente móvil se mueve libremente a través de las fronteras nacionales en busca de mano de obra barata, y al mismo tiempo hace descender los salarios en su país de origen. Pero esto aparentemente no sucede debido a los antiguos imperativos de competencia entre capitalistas, que *siempre* los han llevado a aumentar la rentabilidad y la participación en

el mercado por medio de la baja de los costos laborales. Sucede simplemente porque el capital es ahora libre de hacer sentir su gravitación por doquier, ejerciendo sin cortapisas su poder. La tesis de la globalización, entonces, que constantemente invoca la necesidad de competencia, también remite a una internacionalización del capital que expulsa la competencia, une al capital formando una única clase internacional, y desarticula toda oposición.

Pero vista desde un enfoque diferente la globalización significa exactamente lo contrario. En primer lugar, no debemos olvidar que el capitalismo siempre e indefectiblemente comporta competencia. La competencia está en el corazón mismo del sistema. Esto obviamente no significa que el capital no hará lo posible para evadir la competencia. Por el contrario, es una ley de la competencia que el capital procurará *evadirla*. La competencia capitalista significa tratar siempre de mantener e incrementar la participación en el mercado, y una manera clásica de hacerlo es cooperar secretamente con los competidores, crear monopolios -como bien lo sabía ya Adam Smith- o dejar fuera a los rivales por la pura fuerza del tamaño y las economías de escala. Y, por supuesto, una de las consecuencias de la competencia es que los perdedores serán tragados por los ganadores -aún cuando los ganadores de hoy podrían ser los perdedores de mañana. Por consiguiente, el aumento en la concentración y centralización del capital no es la *antítesis* de la competencia sino una de sus expresiones. Los competidores pueden haberse ampliado: no sólo enormes compañías domésticas sino firmas transnacionales (y esto, nuevamente, no suele significar empresas *no-nacionales*, sino compañías *nacionales* con alcance transnacional). Pero todo esto ciertamente no ha disminuido la competencia. Por el contrario, la competencia entre economías capitalistas avanzadas se ha intensificado a medida que nuevos y agresivos jugadores han ingresado al juego.

Tomemos por ejemplo el caso clásico de un capitalismo hegemónico y monopolístico -los Estados Unidos en los inicios del período de posguerra. La economía de EE.UU. era temporalmente hegemónica y prácticamente no enfrentaba desafíos, en gran medida debido a la guerra. Pero la recuperación de las potencias vencidas pronto incorporó nuevos y más dinámicos competidores al juego (y aquí, el período de hegemonía de los EE.UU. podría incluso haberse tornado un handicap competitivo). El resultado fue sin duda más "monopolios" capitalistas -no sólo norteamericanos, sino también japoneses y alemanes- que de ninguna manera significaron menos competencia. Por el contrario, unidades mayores han hecho a la competencia más feroz y destructiva. Por un lado este tipo de competencia significa el colapso de las compañías pequeñas; y por el otro vemos ahora nuevas formas de macro-competencia, por llamarla de alguna manera, con economías nacionales enteras envueltas en implacables rivalidades y nuevas formas de intervención estatal para asistir las.

Por lo tanto, la colaboración capitalista nunca ha sido incompatible con la competencia. De hecho, la interacción entre ambas es otra de esas contradicciones características del capitalismo. Aún la más avanzada colaboración transnacional convive

mano a mano con la competencia más feroz. Basta con echar una mirada a la Unión Europea en la actualidad. La Unión tiene como objetivo precisamente fortalecer a las economías europeas en su competencia con los EE.UU. y Japón. Pero es también el terreno de la competencia *entre* estados europeos. De hecho, uno de los resultados esperados, incluso deseados, de la Unión Monetaria Europea y la moneda común, es la intensificación de la competencia al interior de las economías europeas e incluso entre sí, en la medida que las diversas economías nacionales son despojadas de sus protecciones nacionales (por ejemplo, política monetaria y manipulación de las tasas de cambio) contra la fuerza arrolladora del mercado competitivo.

¿Qué conclusiones debiéramos sacar entonces de esta competencia intensificada entre los países capitalistas avanzados? Una conclusión obvia es que la globalización podría significar menos y no más unidad capitalista. De manera tal que por lo menos la parte de la tesis de la globalización que postula la existencia de un capital internacional cada vez más unificado se ve desmentida por la competencia capitalista.

Pero esta intensificación de la competencia: ¿significa que los teóricos de la globalización están en lo correcto al invocar los requerimientos de la competitividad? Más de un texto en este volumen expondrá los defectos de las estrategias competitivas de izquierda y explicará por qué son malas para los trabajadores. Por eso limitaré mis argumentos a un único punto, a saber: la principal conclusión que el movimiento obrero y la izquierda debieran extraer de la globalización, o la universalización del capitalismo, es que el capitalismo se encuentra hoy más que nunca abrumado por sus contradicciones internas, y que ésta es una razón para intensificar, no abandonar, las luchas anticapitalistas.

La universalización del capitalismo significa que más economías capitalistas están ingresando a la competencia global; que las mayores economías capitalistas están dependiendo de las exportaciones hasta grados casi suicidas; y que las crisis de sobreproducción son cada vez más severas. Al mismo tiempo, para hacerse competitivas, dichas economías capitalistas restringen la capacidad de compra de los propios consumidores que están compitiendo para alcanzar. La máxima rentabilidad para el capital hoy depende cada vez menos del crecimiento absoluto o de la expansión hacia afuera, y más de la redistribución y de una brecha cada vez más extensa entre ricos y pobres, tanto al interior de las naciones-estado como entre ellas.

La situación difícilmente podría ser más contradictoria de lo que ya es. El punto, entonces, es que las fortalezas del capitalismo son también sus debilidades, y que la globalización podría estar ampliando, y no restringiendo, el espacio para las políticas de oposición.

EL ESTADO Y LA LUCHA DE CLASE

Esta argumentación acerca de las nuevas posibilidades políticas sería hueca si la tesis de la globalización estuviera en lo cierto en lo tocante a sus supuestos básicos sobre el estado y la transferencia de soberanía de éste al capital global. Repetidas veces se nos dice que la globalización ha tornado irrelevantes a los estados nacionales. Para algunos, esto significa que nada queda por hacer, que no existe un espacio real para las políticas socialistas, porque su blanco tradicional, el estado-nación, se ha desvanecido. Para otros, significa que la lucha debe trasladarse de inmediato al plano internacional. En ambos casos, una política reconocible como propia de la clase trabajadora parecería estar fuera de toda posibilidad.

Esta es, entonces, la presunción que quiero desafiar ahora. Pretendo argumentar que la globalización ha hecho a la política de la clase trabajadora -una política dirigida al estado y al poder de clase concentrado en el estado- más, y no menos, posible e importante.

Los marxistas solían enfatizar las maneras en que el crecimiento del capitalismo alienta el desarrollo de la conciencia y la organización de clase. La socialización de la producción y la homogeneización del trabajo, y la interdependencia nacional, supranacional e incluso global de sus partes constituyentes, se suponía que creaban las condiciones para la emergencia de la conciencia de clase y la organización en escala masiva, e incluso para la solidaridad internacional. Pero los desarrollos a lo largo del siglo XX han socavado dicha convicción de manera creciente y, algunos dirían, de modo irreparable.

La incapacidad de la clase trabajadora para satisfacer las expectativas del marxismo tradicional es típicamente citada por intelectuales izquierdistas como la razón principal para abandonar el socialismo, o por lo menos para buscar actores alternativos. En décadas recientes, el marxismo occidental, luego el post-marxismo y el post-modernismo han, uno tras otro, asignado esta responsabilidad histórica (si es que todavía creen, siquiera mínimamente, en la historia o en sus agentes) a los intelectuales, a los estudiantes, a los “nuevos movimientos sociales” –a cualquiera excepto a la clase trabajadora. Hoy, el movimiento obrero casi ha desaparecido de las variantes más de moda entre los teóricos y políticos izquierdistas. Y la globalización pareciera haber dado el último golpe.

La mayoría de los que hablan acerca de la globalización, por ejemplo, probablemente digan que en la era del capitalismo global la clase trabajadora, si es que aún existe, está más fragmentada que nunca. Y si están en la izquierda, es probable que digan que no hay alternativa, que lo mejor que podemos hacer es liberar un poco más de espacio en los intersticios del capitalismo por medio de muchas luchas particulares y separadas –el tipo de luchas que a veces se denomina “políticas de la identidad”.

Ahora bien, existen muchas razones para esta tendencia a repudiar la política de clases en favor de la fragmentación política y las políticas de la identidad. Pero sin

duda una razón de peso es el supuesto de que, cuanto más *global* se torna el capitalismo, más global deberá ser la *lucha* contra él. Después de todo, reza el argumento, ¿acaso no es cierto que la globalización ha transferido el poder desde los estados nacionales a las instituciones y fuerzas transnacionales? ¿Y no es obvio que ello significa que cualquier lucha en contra del capitalismo deberá operar en ese nivel transnacional?

Entonces, dado que la mayoría de las personas tienen dificultades razonables para creer en tal grado de internacionalización y en la posibilidad misma de organizarse a ese nivel, naturalmente llegan a la conclusión de que en realidad el juego se ha terminado. Concluyen que el capitalismo llegó para quedarse, que ya no tiene ningún sentido tratar de construir un movimiento político masivo, o una fuerza política inclusiva y de amplio alcance como las que los antiguos partidos de la clase trabajadora aspiraban a ser. En otras palabras: la clase como fuerza política ha desaparecido, y junto a ella el socialismo como un objetivo político. Si no podemos organizarnos a escala global, lo único que nos queda es ir al otro extremo. Todo lo que podemos hacer, aparentemente, es volvernos hacia adentro, concentrándonos en nuestras propias opresiones locales y particulares.

En el otro extremo se encuentra un tipo de internacionalismo abstracto carente de bases materiales. Una cosa es reconocer la importancia de la solidaridad internacional y la cooperación entre movimientos obreros nacionales. Ese tipo de internacionalismo no sólo es esencial para los valores socialistas sino también estratégicamente indispensable para el éxito de muchas luchas de clase a nivel nacional. Pero algunos en la izquierda invocan una “sociedad civil internacional” como la nueva arena de lucha, o la “ciudadanía global” como la base para una nueva solidaridad –y eso suena menos como una estrategia anti-capitalista que como un silbido en la oscuridad. Cuando dicen que la arena internacional es la *única* para los socialistas, que el capital global *sólo* puede enfrentarse con una respuesta auténticamente global, parecerían estar diciendo –con no menos certeza que los abogados de la política fragmentada– que la lucha contra el capitalismo efectivamente se ha terminado.

Mi propia conclusión es diferente, porque parto de premisas diferentes. Permítaseme decir en primer lugar que siempre he tenido reservas respecto de la relación directa entre el crecimiento del capitalismo y la unidad de la clase trabajadora. Unos diecisiete años atrás, en un artículo titulado “La separación de lo económico y lo político en el capitalismo”, me referí a la fuerza centrífuga del capitalismo, a las maneras en que, contrariamente al saber convencional del marxismo, la misma estructura de producción y explotación en un capitalismo completamente desarrollado tiende a *fragmentar* la lucha de clase y a *domesticarla*, a volcarla hacia adentro, a hacerla sumamente local y particularista⁴. El capitalismo ciertamente tiene efectos homogeneizantes, y la integración de la economía capitalista provee las bases materiales para la solidaridad de la clase trabajadora más allá de los muros de la empresa individual e incluso de las fronteras nacionales. Pero el efecto más inmediato del capitalismo es li-

mitar el conflicto de clase a las unidades individuales de producción, descentralizando y localizando la lucha de clase.

Debemos enfatizar que este desenlace no es producto de una falla en la conciencia de clase de los trabajadores. Es una respuesta a una realidad material, a la forma en que el mundo social es realmente organizado por el capitalismo. Vale agregar aquí que pese a que los conflictos de clase son localizados de esta manera, la clase trabajadora es, paradójicamente, dividida aún más por la competencia entre las empresas, en la cual los trabajadores son llevados a verse como aliados de sus explotadores en contra de sus competidores, tanto capitalistas como trabajadores. Esta es una tendencia que la ideología de la globalización está tratando de promocionar por todos los medios.

El repliegue hacia adentro de la lucha de clases también significa, como sugerí, que en el capitalismo los asuntos políticos son en cierta forma privatizados. Los conflictos sobre la autoridad y la dominación, que en las sociedades pre-capitalistas están directamente dirigidos a los poderes jurisdiccionales o políticos de señores y estados, en el capitalismo se han desplazado hacia la empresa capitalista individual. Si bien el capital continúa dependiendo del poder del estado para sustentar el sistema de propiedad y mantener el orden social, no es en el estado sino en el proceso de producción, y en la organización jerárquica de éste, que el capital ejerce su poder sobre los trabajadores más directamente.

Pensé también que esto tenía algo que ver con el hecho de que las revoluciones modernas han tendido a ocurrir donde el capitalismo estaba *menos* y no más, desarrollado. Donde el estado mismo es el explotador de primer orden -por ejemplo, explotando a los campesinos por medio de los impuestos- las luchas económicas y políticas son difíciles de separar, y en casos así, el estado puede fácilmente volverse el foco de luchas masivas. Es, después de todo, un enemigo de clase mucho más visible y centralizado de lo que el capital en sí mismo podría nunca llegar a ser. Cuando en cambio la gente confronta directamente con el capital, generalmente lo hace sólo oponiéndose a capitales individuales y separados, o a empleadores concretos. Es por ello que incluso las revoluciones proletarias han tendido a ocurrir allí donde los conflictos de la clase trabajadora con el capital se fusionaron con otras luchas pre-capitalistas, principalmente la de los campesinos contra los terratenientes y los estados explotadores.

Pero mientras planteaba que el capitalismo tiene una tendencia a fragmentar y privatizar las luchas, también me parecía que se presentaban algunas nuevas tendencias compensatorias: la creciente integración internacional del mercado capitalista estaba desplazando los problemas de la acumulación de la empresa individual a la esfera macroeconómica, y el capital estaba siendo forzado a confiar más y más en el estado para crear las condiciones adecuadas para la acumulación. De modo que sugerí que la creciente complicidad del estado en los propósitos antisociales del capital puede eventualmente significar que el estado se tornaría cada vez más en un blanco pri-

mario de la resistencia en los países capitalistas avanzados, y podría empezar a contrarrestar algunos de los efectos centrífugos del capitalismo, tales como su tendencia a fragmentar y domesticar a la lucha de clases.

Ahora bien, por ese entonces yo nunca había oído hablar de la globalización, y no sabía que bien pronto la gente estaría dando por hecho que la integración internacional del mercado capitalista debilitaría a los estados-nación, desplazando el foco del poder capitalista fuera del estado. En los últimos tiempos, cuando la globalización está en boca de todos, me he descubierto argumentando en contra del supuesto ampliamente difundido de que la globalización está tornando al estado-nación cada vez más irrelevante. He estado argumentando que, cualesquiera fueran las funciones que el estado podría estar perdiendo, está ganando otras nuevas como conducto principal entre el capital y el mercado global. Ahora quiero sugerir que este desarrollo podría estar comenzando a generar las consecuencias para la lucha de clase que, allá por 1981, vislumbraba como una perspectiva para el futuro.

Podemos debatir cuánta globalización ha tenido lugar efectivamente; o qué se ha internacionalizado verdaderamente o no. Pero una cosa está clara: en el mercado global, el capital *necesita* al estado. Lo necesita para mantener las condiciones de acumulación y competitividad en varias formas, incluyendo subsidios directos y operaciones de rescate financiadas por los contribuyentes (México, los Tigres Asiáticos). Necesita al estado para preservar la disciplina laboral y el orden social frente a la austeridad y la “flexibilidad”, y para acrecentar la movilidad de capital al tiempo que bloquea la movilidad de los trabajadores.

Detrás de cada corporación transnacional hay una base nacional que depende de su estado local para sustentar su viabilidad, y de otros estados para darle acceso a otros mercados y otras fuerzas de trabajo. “Los ejecutivos”, escribe el periodista del New York Times Thomas L. Friedman, “dicen cosas como ‘No somos una compañía americana. Somos IBM USA, IBM Canadá, IBM Australia, IBM China’. ¿Ah, sí? Bueno, entonces la próxima vez que se meta en problemas en China, llame a Li Peng para que lo ayude. Y la próxima vez que el Congreso cierre otra base militar en Asia ... llame a la marina de Microsoft para que le asegure las rutas marítimas de Asia”⁵.

En cierta forma, el punto central de la globalización consiste en que la competencia no es tan sólo –ni siquiera mayormente– entre firmas individuales, sino entre economías nacionales. Y en consecuencia, el estado-nación ha adquirido nuevas funciones como un instrumento de la competencia. En todo caso, el estado-nación es el *agente principal* de la globalización. El capital estadounidense, en su cruzada por la competitividad, requiere un estado que mantenga los costos sociales en su mínima expresión a la vez que mantiene en caja el conflicto social y el desorden generados por la ausencia de prestaciones sociales. En la Unión Europea, que se supone es el modelo de organización transnacional, cada estado europeo es el agente principal en la imposición a sus ciudadanos de las austeridades y padecimientos necesarios para cumplir con los severos requerimientos planteados por la unión monetaria, y cada es-

tado es el principal instrumento de contención de los conflictos engendrados por estas políticas –el principal agente para mantener el orden y la disciplina laboral. Aún si los impulsos fuertemente nacionalistas de los estados europeos permiten que la integración continúe, una vez que estos estados ceden sus instrumentos tradicionales para absorber los shocks económicos, tales como el déficit público y las devaluaciones de moneda, el estado será aún más necesario para mitigar el malestar social (o, como muchos críticos esperan, los estados individuales simplemente violarán las reglas de la Unión). La unión monetaria podría entonces hacerse añicos contra las rocas de la convulsión social. Si sobreviviera a estas acechanzas es más que probable que en el futuro estos estados-nación continúen jugando un rol central en el mantenimiento del entorno adecuado para la acumulación de capital y la competitividad.

En varios países el estado juega también otros roles. En particular, nuevamente, mantiene a la mano de obra inmovilizada mientras que el capital se mueve a través de las fronteras nacionales, o en los capitalismo menos desarrollados actúa como una correa de transmisión para otros estados capitalistas más poderosos. Por supuesto, es posible que el estado cambie su forma, y que el tradicional estado-nación dé lugar, por un lado, a estados más estrechamente locales y, por otro, a autoridades políticas regionales más amplias. Pero sea cual sea su forma, el estado continuará siendo crucial, y es probable que por un largo tiempo aún el viejo estado-nación siga jugando su rol dominante.

¿Cuál ha sido entonces el efecto de las nuevas funciones del estado? ¿Cuáles han sido las consecuencias para la lucha de clases? ¿Es cierto que, tal como lo sugerí anteriormente, las nuevas funciones del estado en un capitalismo “globalizado”, “flexible”, están haciendo de él el blanco de la lucha de clase y el nuevo foco de la unidad de la clase trabajadora? Es muy pronto aún para juzgar, pero para empezar podemos tomar nota de la creciente cantidad de protestas masivas y demostraciones callejeras en Francia, Alemania, Canadá, Corea del Sur, Polonia, Argentina, México, y en algunos otros lugares. Sin avanzar sobre ellas o sus posibles efectos, es válido de todos modos considerar su denominador común.

Sin duda la mayoría de las personas aceptarían que tienen algo que ver con la globalización. Aún si tenemos nuestras dudas acerca de ciertos aspectos de la globalización, consideremos apenas aquellos sobre los cuales estamos de acuerdo: se trata de una reestructuración que está teniendo lugar en cada país capitalista avanzado, y como una parte importante de dicha reestructuración se cuentan los esfuerzos para eliminar varios tipos de prestaciones sociales en aras de la competitividad. Este es exactamente el tipo de complicidad entre estado y capital al que me estaba refiriendo: no sólo la retirada del estado de sus funciones paliativas sino su cada vez más activo papel en la reestructuración de la economía en pos de los intereses del capital y en detrimento de todos los demás. Las acciones del estado han empujado a la gente a las calles para oponerse a las políticas del estado en países tan diversos como Canadá y Corea del Sur.

En este volumen, Sam Gindin sugiere que de hecho la globalización ha creado nuevas oportunidades para la lucha. Con la “reestructuración económica nacional e internacional viene un grado más alto de integración de componentes y servicios, especialización e inventarios muy ajustados”, escribe, y esto hace a las corporaciones más vulnerables a ciertos tipos de luchas locales, regionales y nacionales. Lo que estoy diciendo es que precisamente este tipo de integración ha vuelto al estado, en muchos sentidos, más importante que nunca antes para el capital. De esta y otras formas, la simbiosis entre capital y estado es *más estrecha* que nunca, y eso convierte a cada estado en un foco potencial de conflicto y lucha de clases en un grado más alto que nunca antes en las economías capitalistas avanzadas.

Por lo tanto difícilmente sea ahora el momento para que la izquierda abandone este terreno político en favor de políticas fragmentadas o un internacionalismo completamente abstracto. Si el estado es el principal agente de la globalización, de la misma manera y muy en especial en los países capitalistas avanzados, aquél aún posee las armas más poderosas para *bloquear* la globalización. Si el estado es el canal a través del cual el capital se mueve en la economía globalizada, entonces es igualmente el medio por el cual una fuerza anticapitalista podría cortar de raíz esa línea de vida capitalista. Viejas formas keynesianas de intervención podrían ser aún menos efectivas hoy de lo que fueron antes. Pero lo que esto significa es que la acción política ya no puede sencillamente tomar la forma de *intervenir* en la economía capitalista. Ahora se trata más bien de *separar* la vida material de la lógica del capitalismo.

En el corto plazo, esto significa que la acción política no puede dirigirse tan sólo a ofrecer incentivos de capital para hacer cosas socialmente productivas, o a compensar los estragos del capital por medio de “redes de seguridad”. La política debe dirigirse cada vez más a utilizar el poder del estado para *controlar* los movimientos del capital y para colocar su asignación y la disposición del superávit económico cada vez más bajo el alcance de una *accountability* democrática y en concordancia con una lógica social diferente de la lógica de la competencia y la rentabilidad capitalista⁶.

CONCLUSIÓN

Uno de los principales problemas que dificultan la organización de las luchas anticapitalistas siempre ha sido que el capital no presenta un blanco único y visible. Y la separación formal entre las esferas económica y política que es característica del capitalismo –en la cual la explotación tiene lugar mediante un intercambio aparentemente libre entre “iguales” jurídicos, en un contrato entre capital y mano de obra, y la relación entre ellos es mediada por un “mercado” impersonal– ha creado lo que superficialmente se percibe como un estado “neutral” que no interviene de manera visible en los enfrentamientos cotidianos entre capital y mano de obra. Pero dado que el capital depende del estado para abrirse camino a través de la economía global, ya sea por medio de políticas neoliberales o apelando a otros recursos, el poder del ca-

pital se vuelve más concentrado en el estado, y la connivencia de éste con el capital se torna cada vez más transparente.

Esta es una importante razón por la cual necesitamos ser cuidadosos acerca de cómo usamos el término “globalización”. Debemos evitar tratar a las tendencias que se asocian a dicho término como si fueran procesos naturales inevitables, en vez de procesos *capitalistas* históricamente específicos: la explotación capitalista de seres humanos y recursos naturales, ayudados e instigados por una colaboración directa entre estado y capital. De hecho, el concepto de globalización juega hoy un rol tan prominente en la ideología capitalista precisamente porque ahora se necesitan poderosas armas ideológicas para enmascarar y mistificar esta cada vez más directa y obvia connivencia.

Si el estado puede hoy más que nunca servir como blanco de la lucha anticapitalista, puede también, en tanto foco de las luchas de clase locales y nacionales, ser una fuerza unificadora al interior de la clase trabajadora en contra de su fragmentación interna, y también entre el movimiento obrero y sus aliados en la comunidad. Al mismo tiempo, mientras la lógica destructiva del capitalismo se torna cada vez más universal, las luchas nacionales contra aquélla pueden constituirse en la renovada y fortalecida base de un nuevo internacionalismo. Éste no reposaría sobre una noción abstracta y poco realista de una sociedad civil internacional o ciudadanía global, ni en la ilusión de que podemos mejorar las cosas incrementando la representatividad de la izquierda en organizaciones transnacionales como el FMI, sino en el apoyo mutuo entre varios movimientos locales y nacionales en sus luchas contra sus propios capitalismo y estados nacionales.

Esto no significa que no haya lugar para esfuerzos comunes a nivel transnacional, o que el movimiento obrero deba descuidar las organizaciones transnacionales como la Unión Europea, en las que podría marcar una diferencia. Pero los esfuerzos colaborativos de este tipo en última instancia dependen de un movimiento obrero nacional fuerte y bien organizado. De haber un lema para resumir este tipo de internacionalismo el mismo bien podría ser “Trabajadores de todos los países, uníos –pero la unión empieza por casa”.

Aún cuando, como ahora parece posible, la actual crisis global ponga un freno a la globalización neoliberal, la misma no terminará con la universalización del capitalismo y las crecientes contradicciones que resultan de ella, y el capital seguirá necesitando la ayuda del estado para navegar las turbulentas aguas de la economía global. La organización política de la clase trabajadora es ahora más importante y potencialmente efectiva que nunca.

NOTAS

1. Los lectores estarán sin duda familiarizados con las versiones convencionales de la tesis de la globalización, por el mero hecho de leer los diarios. Existen también varias versiones de izquierda de dicha tesis. Para una expresión moderada y relativamente juiciosa, véase Richard B. DuBoff y Edward S. Herman, "A Critique of Tabb on Globalization", *Monthly Review* 49 (November 1997): 27-35. Una versión algo más exagerada puede encontrarse en A. Sivanandan, "Capitalism, Globalization and Epochal Shifts: An Exchange", *Monthly Review* 48 (February 1997): 19-21. Para una versión particularmente extrema, ver Roger Burbach, "The Epoch of Globalization", *URPE Newsletter* 29 (Fall 1997): 3-5.
2. Ver, por ejemplo, Greg Albo, "The World Economy, Market Imperatives, and Alternatives", *Monthly Review* 48 (December 1996): 6-22; Doug Henwood, "Post What?" *Monthly Review* 48 (September 1996): 1-11; Harry Magdoff, "Globalization: To What End?" (New York: Monthly Review Press, 1992); L. Panitch, "Globalisation and the State", in R. Miliband and L. Panitch, eds., *Socialist Register 1994: Between Globalism and Nationalism* (London: Merlin, 1994), 60-93; William K. Tabb, "Globalism Is an Issue, The Power of Capital Is the Issue", *Monthly Review* 49 (June 1997): 20-30.
3. Para el alegato más explícito y extremo sobre esta posición, ver Burbach, "The Epoch of Globalization".
4. Ese artículo, publicado en 1981 en la *New Left Review*, ha aparecido más recientemente en mi libro *Democracy Against Capitalism: Renewing Historical Materialism* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995), 19-48.
5. New York Times, 10 de abril de 1998.
6. Sobre estos temas ver Albo, "The World Economy".

